

Introducción

El libro que a continuación presento tiene una motivación principal: facilitar al lector o lectora la posibilidad de investigar sobre el pasado de la región norte de Colombia. De esta suerte, la lectura de los capítulos le permitirá comprender varias cosas que están interconectadas. La primera: “¿Qué es la arqueología?”, no trata de dar una definición de diccionario, sino de describir la práctica contemporánea de la arqueología como un campo fascinante para comprender la historia cultural humana. Hay un consenso en que la arqueología cambió drásticamente después de la segunda guerra mundial, cuando pasó de ser una disciplina de búsqueda de antigüedades a ser una disciplina científica con interrogantes o preguntas de investigación. Independientemente de los enfoques teóricos que se desarrollaron en el último tercio del siglo XX, la arqueología moderna se configuró como una disciplina cuya meta principal es hallar evidencias para responder preguntas, y no, como en el pasado, basarse en la búsqueda y el encuentro de cultura material antigua.

Como en toda disciplina, la historia de la arqueología muestra acuerdos y desacuerdos en lo conceptual y en lo técnico, pero hay un gran consenso en que la arqueología es una disciplina que opera con sus teorías, las cuales permiten los diseños metodológicos que facilitan las observaciones arqueológicas. Como lo veremos a lo largo del libro,

algunos arqueólogos estadounidenses afirman que la arqueología es una subdisciplina de la antropología, de tal suerte que le correspondería usar las teorías de la antropología. De otro lado, arqueólogos británicos dirán que la arqueología es una disciplina autónoma con sus propias teorías. Como se ve, ni los estadounidenses ni los británicos cuestionan que la arqueología deba tener un modelo teórico, lo que discuten es cuál debería ser ese modelo teórico.

Este libro lo he diseñado para que las personas que desean introducirse a la arqueología comprendan la historia de la introducción de teorías en la disciplina, que tiene que ver con los desarrollos epistemológicos de la arqueología. Para mostrar estos matices, el manual recorre caminos tradicionales que señalan cierta preferencia por la historia de la arqueología de los Estados Unidos y su famoso enfoque llamado *procesualismo*. Si bien se pondera positivamente la obra de algunos académicos que trabajaron en este enfoque, se muestran aspectos críticos para que el lector o la lectora no pierdan de vista sus limitaciones epistemológicas.

Asimismo, el manual se restringe a la práctica arqueológica en Colombia, en especial en lo relacionado con el norte de Colombia, por lo que supone centrarse en la obra de algunos académicos, sin que ello signifique desconocer los aportes de otros y otras académicas. De hecho, el manual supone que su lectura llevará a una construcción de conocimiento arqueológico que, como se señala en el manual, supone la lectura crítica, intencionada, de toda la producción arqueológica de un área determinada.

Si bien se mencionan con alguna frecuencia algunos autores, esto no se hace para desconocer el trabajo de otras personas, sino como resultado de sesgos que parecieran necesarios para reunir en un libro temas diversos, como la historia arqueológica del norte de Colombia. Esta abarca temporalidades de más de cinco

mil años antes del presente (AP) y desarrollos disciplinarios que se han dado en diversas partes del mundo en el último siglo.

Según lo anterior, en los primeros tres capítulos se podrá encontrar suficiente información para comprender la historia de la arqueología vinculada a la tradición global noratlántica, que podría resumirse en el tránsito de las prácticas empiristas de la llamada arqueología histórico cultural a la arqueología procesual, que fue un enfoque dominante proveniente de los Estados Unidos a inicios de la década de 1960. Este enfoque se discute no porque sea el mejor, el más adecuado, sino por el papel que tuvo como influencia epistemológica en otras academias como la colombiana.

Los enfoques procesuales están muy cuestionados por diversos actores contemporáneos, como se podrá apreciar a lo largo del libro, así que, si se desea hacer una exploración de esas críticas, allí se describen algunas referencias que pueden facilitar esa indagación.

El capítulo cuarto es más sustantivo y recoge las discusiones más populares sobre la arqueología del norte de Colombia. En este nivel se mencionan algunos autores y se dejan por fuera otros, no porque los trabajos citados sean los más relevantes, sino porque dichos trabajos son útiles para tomar el pulso a las discusiones y derivar, de esta manera, en autores con puntos de vista críticos. De todas maneras, el documento intenta, por lo menos, dar cuenta de los autores más determinantes que se tomaron la tarea de publicar en órganos de divulgación de fácil acceso. Hay mucha información no publicada que no se pudo revisar, dadas las dificultades de movilidad que vivimos en la pandemia. Sin embargo, las rutas para estas revisiones se dejan trazadas.

El capítulo cinco está relacionado con aspectos propios del quehacer arqueológico en Colombia. En este sentido, se dan detalles de la regulación de la práctica arqueológica en Colombia

que está fiscalizada por el Instituto Colombiano de Antropología e Historia -ICANH-. Para hacer arqueología en Colombia se deben surtir unos pasos ante el estado colombiano, de tal manera que el libro cierra con estos detalles, mostrando las conexiones con las discusiones conceptuales y sustantivas que se presentaron en los capítulos anteriores.

Finalmente, el libro termina con tres lecturas complementarias a cargo de dos arqueólogos trascendentales para la disciplina en el país, al igual que una arqueóloga que se ha dedicado a analizar sitios famosos del norte de Colombia. La primera lectura corresponde al profesor Francisco Aceituno de la Universidad de Antioquia. Francisco escribe un pequeño texto, con hermosas ilustraciones, sobre la arqueobotánica. No es posible hacer arqueología sin datos arqueobotánicos. La siguiente lectura está a cargo de Sneider Mora, igualmente del departamento de antropología de la Universidad de Antioquia. Sneider trae de primera mano su visión de la región conocida como Depresión Momposina, área importante para la comprensión del norte de Colombia. Si bien el libro tiene un apartado sobre esta área en el capítulo cuatro, se complementa con la voz de un protagonista de esta área arqueológica. Finalmente, la última lectura es de la arqueóloga Diana Carvajal, quien se ha dedicado a la comprensión de un área tan importante como lo es el canal del Dique. Se ponen estas lecturas a modo de ejemplo para que los estudiantes perciban múltiples voces sobre temas comunes. Valga mencionar que estos aportes son paradigmáticos, así que se presentan como una invitación a seguir comprendiendo, eventualmente, áreas específicas del norte de Colombia.

Capítulo 1: ¿Qué es la arqueología?

Sin duda alguna, el mundo contemporáneo guarda una imagen de la arqueología como profesión, como práctica, como saber hacer, que le debe mucho al aporte cinematográfico de las películas de Indiana Jones. Y sí, efectivamente, la arqueología es un saber científico profesionalizado, que en su esencia busca que hombres y mujeres que se dedican a su ejercicio tengan algo que decir del pasado por medio del estudio de la cultura material. En este sentido, la arqueología es un arte; como el trazo de los pintores, el volumen de los escultores, lo que se dice desde la práctica disciplinaria tiene que haberse conseguido con mucha creatividad, paciencia y, sobre todo, dedicación. La arqueología permite pintar en el presente los trazos del pasado y, como lo advertía Indiana Jones, la arqueología se basa en la “búsqueda de hechos y no verdades” (Watts y Spielberg, 1989).

Como lo mostraremos más adelante, para construir los hechos, la arqueología, como ciencia profesionalizada, se ha apoyado en el pensamiento antropológico para la generación de modelos que permitan las inferencias arqueológicas.

Así pues, la arqueología permite reconocer los territorios por medio de caminarlos (en el lenguaje técnico, las prospecciones arqueológicas), de verlos en fotos aéreas, imágenes satelitales, mapas, de conversar con pobladores locales, con expertos, con otros colegas. De esta suerte, la

arqueología es una forma de construcción de realidades del pasado con herramientas del presente, pues la arqueología se hace en el aquí y el ahora. En cierta medida, los practicantes de la arqueología son unos “periodistas” que construyen sus crónicas con múltiples fuentes, entre ellas, la principal: la excavación arqueológica. Esto marca una diferencia importante, porque la arqueología, si bien habla del pasado, se hace en el presente donde hay múltiples voces, donde hay diversas visiones del pasado. Entonces, la arqueología es también un ejercicio de diálogo.

A diferencia de Indiana Jones, hacer arqueología no debe ser una tarea arriesgada hoy día, pero sin duda alguna hacer arqueología supone una práctica que relaciona un mundo de ideas con realidades que puedo encontrar en reconocimientos y excavaciones arqueológicas. En “La última cruzada” (Watts y Spielberg, 1989), Indiana Jones reflexiona con sus estudiantes sobre esta relación entre ideas y realidades, y llega a la sensata conclusión de que la práctica de la arqueología supone un 70 % de dedicación en las bibliotecas y un 30 % en el trabajo de campo. ¡Vaya, sí tenía razón Indy!

Los arqueólogos actuales distan mucho de ser exploradores que enfrentan caníbales o mercenarios, como le ocurría a Indiana Jones, que es un ícono cinematográfico que no deja de arrastrar imágenes del colonialismo británico (Randy, 2020). Hoy día, en todo caso, la idea de que la arqueología se hace en las antípodas está cuestionada, si no desechada.

También se hace arqueología en los centros históricos o en antiguos muelles o fábricas; así que el criterio de que algo que está lejos en el espacio y el tiempo es arqueológico, es relativo. En todo caso, es verdad: hacer arqueología implica viajar a lugares desconocidos, lo que exige grandes capacidades de adaptación a los cambios constantes que implica el viaje científico. En pocos manuales teóricos se advierte el hecho de que

la arqueología supone destrezas adaptativas que es necesario evaluar antes de enfrentarse a condiciones reales de campo en lugares alejados de las zonas de confort. Compartir baño, compartir habitación, convivir durante meses en grupos, son condiciones casi globales de la arqueología que requieren habilidades que no necesariamente son arqueológicas: consideración, paciencia, consistencia y sistematicidad.

Entonces, hacer arqueología no es solo una disposición epistemológica, una forma de ver el mundo, es también un reto fisiológico y técnico en el que se deben desarrollar habilidades propias de las personas que enfrentan el trabajo de campo. Vale decir que mientras cursaba el pregrado en antropología en la Universidad del Cauca, en la década de los noventa, se solían hacer reconocimientos arqueológicos a zonas rurales del departamento del Cauca. En ese momento no solo se debía resolver el problema de llegar a los sitios de estudio, sino de tener los permisos de las autoridades locales y de actores armados que en esa época dominaban ese territorio. También tocaba transportar un botiquín con antiofídicos en caso de alguna emergencia.

Era la selva tropical y debíamos adaptarnos. Era una zona netamente campesina y con una colonización reciente en un territorio de selva. Para comer, había solo carbohidratos como yuca, y esa deficiencia se suplía con cantidades impresionantes de pasta de harina de trigo en presentaciones como espaguetis, sopa de letras y macarrones. Esa dieta con poca fibra generaba incomodidades a cierta parte del equipo. Con el tiempo, aprendimos que al alejarse de casa es necesario no generar un shock corporal y es mejor tratar de suplir las deficiencias alimentarias que se encuentran en terreno con algo de planificación. Acá deberíamos advertir que existen manuales de arqueología enfocados al campo, donde se pueden advertir los detalles de la planificación del trabajo arqueológico (Domingo *et al.*, 2015).

Al revisar la pregunta con la que se inicia este capítulo se puede decir, desde un punto de vista pragmático y argumentativo, que la arqueología es una ciencia que estudia el pasado por medio los vestigios materiales que están en el presente (Binford, 2002). Esta es la definición de un arqueólogo norteamericano, Lewis Binford, y es fundamental para iniciarse en el pensamiento arqueológico, porque si de algo se trata la arqueología es de pensar. Si bien Binford ha sido cuestionado por sus definiciones ortodoxas que plantean que la arqueología no tiene que ver con el debate político (Gándara, 1980, 1981), sus aportes a la epistemología disciplinaria son muy importantes, pues representan puntos de partida en el proceso de formación.

Algo que se popularizó con Binford fue la consigna de que las limitaciones de acceso a un sitio no eran físicas sino epistemológicas. En la medida en que los practicantes arqueológicos tuvieran más y mejores conocimientos del registro arqueológico, podrían hacer mejores lecturas del pasado. Las limitaciones, en consecuencia, no estaban en la falta de datos, en la falta de sitios, en la falta de hallazgos, sino en la mente. Esto fue revolucionario, porque erradicó la idea de que el problema de la arqueología era de hallazgos y no de disposiciones epistemológicas. Se debe advertir que Binford no emergió de la nada y que sus aportes venían de una larga tradición de desarrollos teóricos y técnicos en la arqueología de los Estados Unidos. En la medida en que los arqueólogos y arqueólogas pudieran ver en el presente los trazos humanos en los ecosistemas del pasado, por medio del estudio de restos de campamentos humanos, de polen, de semillas antiguas, por ejemplo, podrían hacer lecturas de las dinámicas antrópicas y así aportar al conocimiento de la relación de la especie humana con su planeta.

Por lo dicho arriba, deberíamos comenzar a considerar que la arqueología no busca dinosaurios: eso lo hacen los profesionales

en paleontología. La arqueología se basa en el análisis del registro arqueológico, el cual no está compuesto solo de artefactos como vasijas o láminas de orfebrería, sino de restos de comida, semillas carbonizadas, polen fosilizado, restos orgánicos, restos de fauna y flora, y restos humanos. También hay otras escalas de observación como restos de caminos, de sistemas de drenajes, de terrazas, que requieren para su visualización fotos aéreas o imágenes satelitales. Una excavación arqueológica es cuidadosa porque, de pequeñas muestras que se toman, es posible que otros profesionales generen datos que ayudan a mejorar las interpretaciones del pasado. Entonces, la arqueología es una ciencia que se apoya en otras ciencias y que provee datos a otras disciplinas científicas. Trabaja en colaboración.

Para los arqueólogos y las arqueólogas profesionales es muy común usar apoyo en otras disciplinas como la botánica, la geología, la ecología, incluso la física nuclear, de tal suerte que, si se desean análisis paleobotánicos o geológicos, o dataciones radiocarbónicas, es necesario que los arqueólogos y arqueólogas tomen sus muestras adecuadamente desde el momento mismo en que se hacen las intervenciones. De igual forma, deben saber a qué laboratorios podrán llevar sus muestras para garantizar la fiabilidad de los datos.

Así pues, queda claro que Indiana Jones es una fantasía cinematográfica, que es lo que se produce en el cine de entretenimiento, porque un arqueólogo no podría excavar correctamente un sitio si tiene tantas preocupaciones, amenazas y compromisos como él. Si se tuviese que imaginar un prototipo de arqueólogo o arqueóloga no sería un aventurero o explorador como Indy, sería más bien una persona con una gran capacidad de planificación, con un gran interés por la lectura de la historia, con conocimientos de filosofía y, por supuesto, arqueología. Adicionalmente, debería tener gran habilidad para

redactar documentos científicos y debe saber usar un GPS, una cámara profesional y debe ser muy carismático con su equipo de trabajo.

Ahora bien, desde que la arqueología se convirtió en una actividad profesional, la mayoría de los arqueólogos y las arqueólogas usan las vacaciones de mitad de año para hacer excavaciones, en caso de que el profesional esté adscrito a una universidad o centro de investigación. Estas excavaciones suponen trabajos de hasta ocho semanas en las que se deben compartir no solo los sitios para dormir, sino sitios más íntimos como el baño y la cocina, como se indicó arriba. Incluso, hay sitios donde no hay ni lo uno ni lo otro y se debe generar un ambiente de confianza para poder que esta presión que produce el confinamiento no se traduzca en conflictos que amenacen las campañas. Y sí, los arqueólogos y las arqueólogas deben tener conocimientos sobre el manejo de grupos bajo medidas de presión para evitar conflictos, prevenir accidentes y sacar las excavaciones arqueológicas adelante. Incluso, hoy día existen algunas publicaciones que recogen los “detrás de cámaras” de la práctica de la arqueología, por lo que esta esfera es un gran campo de investigación y reflexión disciplinaria (Tantaleán y Gnecco, 2019).

Pero si se retoman las visiones de la historia de la arqueología, hace algunos años, cuando comenzaron a emerger las primeras síntesis históricas de la arqueología (Díaz-Andreu y García, 2007; Stiebing, 1994; Trigger, 1989), quedaba claro que, a inicios de las revoluciones modernas, que se pueden ubicar a finales del siglo XVIII, y durante el siglo XIX, la arqueología vino a ayudar a comprender que muchas materialidades no eran de seres sobrenaturales, sino que muchos restos de artefactos, aldeas y demás construcciones se podrían comprender como resultado de la actividad humana del pasado. Es decir, el paisaje, las estratificaciones geológicas y los restos materiales